

MURCIA (CIUDAD Y HUERTA), EN LA OBRA DE CASTILLO PUCHE

ANTONIO CRESPO

Aunque sus novelas tienen como principal escenario su Yecla natal, Castillo Puche ha dejado para la posteridad muchas páginas en que la ciudad y la huerta de Murcia asoman con gran belleza y vigor. Es imposible dar cuenta de todas ellas, pero señalaremos las más interesantes.

Con la muerte al hombro significa la primera aproximación a la capital murciana como escenario de la acción novelesca. Hay unas alusiones del protagonista a que sus dos hermanos estudiaban en el Seminario, uno, y en los Maristas, el otro, y muy poco después, a la quema del convento de los franciscanos y el local del periódico "La Verdad". Pero es hacia la mitad del libro, cuando las referencias localistas murcianas toman cuerpo. Julio, el personaje principal, convertido en "botones proletario", contempla con sus asombrados ojos de adolescente la expulsión del obispo, la invasión del Seminario –con una estrafalaria procesión de "cenetistas" vestidos con sotanas, destrozando imágenes–, la construcción de "refugios", la colocación de carteles amenazadores y el aspecto desolado de las calles durante la noche, con las farolas amortiguadas con capas de pintura morada o azul.

La presencia fugaz y silenciosa de una muchacha en un balcón del barrio del Carmen –"era mi primer amor", escribe– pone una nota delicada, previa al tremendo episodio que narra a continuación: el salvaje arrastre del cadáver del párroco por las calles, su "ahorcamiento" y mutilación, en medio del clamor de una chusma enardecida. El episodio, por desgracia, es histórico, y el narrador declara, tras su sorprendida contemplación: "Creo que fue entonces cuando dejé de ser un chiquillo".

Al margen de algunas alusiones a la capital murciana en *El perro loco*, es en la trilogía *El cingulo* donde la ciudad de Murcia y su huerta adquieren importancia. Así, en *Como ovejas al matadero*, los tipos secundarios –los duques, los padres del llamado Ramiro, etc.– están claramente enraizados en lo murciano, lo mismo que la



específica comparsería que forman los vendedores de “iguales”, los lecheros, los barrenderos, etc., clásica estampa no del todo desaparecida. La acción transcurre en los días inmediatamente anteriores al alzamiento militar de 1936, en un clima prerrevolucionario, con letreros de “Abajo el clero” en los mismísimos muros del Seminario y llamaradas nocturnas de iglesias incendiadas en las pedanías próximas. Castillo Puche presenta una Murcia conservadora y clerical, envuelta en una religiosidad externa, más aparente que sincera. El paisaje urbano se describe en ocasiones con una singular fuerza. Es el mes de julio y Murcia parece un horno, un hervidero: “El sol –leemos– caía como una espada flamígera y segadora”, circulaban las tartanas por el empedrado de la plaza de Belluga y los ciegos pregonaban los motes de su rifa. Y la ciudad era “un moverse sudoroso, regateador, indolente, apático, mezcla de cinismo adormilado y de enervante sensualidad”, escribe el novelista. Por su parte, el río se convertía en un “sueño de fuga”, y por la noche, su fina estampa líquida, sobrevolada por el Puente de los Peligros, componía una imagen llena de encanto, porque en el enrejado de la espuma “se veía danzar la luna, rota entre las copas de los plateados y oscilantes eucaliptus”.

En *Jeremías el anarquista*, ambientada en los Estados Unidos, encontramos un buen número de páginas referidas a Murcia, también en el dramático 1936. Es una Murcia violenta y vengativa, como despertada de pronto de la sumisión de un clasismo injusto, y ofrece tres recursos argumentales, localizados en el convento de las Anas: una monja que tiene tránsitos místicos y muere a tiros en el campanario del convento, cuando lo asaltan las turbas revolucionarias; un sacerdote joven que intenta salvarla y perece asesinado por los asaltantes, y una orgía sacrílega de la que son objeto los cadáveres desenterrados de varias religiosas. Por otro lado, la sociedad murciana que presenta, intenta ser representativa de la ciudad de aquel tiempo, con una burguesía incapaz de renunciar a ninguno de sus privilegios –pese a las demandas sociales– y unas monjas que vivían en un clima de “mieles prefabricadas”, con un total alejamiento de los problemas terrenales. La narración, que es espléndida, refleja fielmente el clima de temor en unos y de euforia en otros, que envolvía a la ciudad, mientras los altavoces daban consignas, grupos de gentes cantaban “La internacional” y curas y monjas apresuraban su escondite en domicilios particulares. Comenzaban los trágicos “paseos” de enemigos políticos en las carreteras y desde los balcones se veía “un desfile de puños cerrados en alto”.

Esta panorámica de la Murcia de 1936, que Castillo Puche vivió personalmente como seminarista de San Fulgencio, se completa en *El amargo sabor de la retama* con un breve episodio novelesco, en una Murcia sacudida ya por el alzamiento militar. Comienza con una descripción de la huerta, vista desde el tren, con su paisaje de cañaverales y moreras y la vecindad presentida del río. Los elementos del paisaje huertano se muestran en una totalidad sensorial: se ven, se oyen, se huelen, se palpan y casi se saborean. Estas pinceladas contrastan con el ambiente gris de la ciudad, “invadida por los refugiados”, como presagio de los tenebrosos meses que se acercaban. El escritor clama contra una moral puramente externa, de cara a la gente, sin sentido alguno de la participación de los bienes materiales, con “opulentos comerciantes abusivos”, frente a la sencillez del huertano, del hombre de pue-



blo, laborioso, tenaz y modesto, capaz de trabajar con los pies dentro de los canales de agua, para lograr el repetido milagro de la cosecha copiosa. La contemplación de Murcia, de sus calles y sus gentes, es abigarrada y un tanto solanesca. Escribe, por ejemplo, que “Murcia hervía de pobres y lisiados, de ciegos y borrachos, y enloquecía de ruidos y de chismes”, agregando en otras páginas que “resonaba de tartanas y gritos, de saludos y risas”. Pese a ello, entre la vocinglera vitalidad y el sopor veraniego, el niño protagonista se sentía sumergido, a sus 14 años, “en un nirvana de ensueño y felicidad”.

En *Conocerás el poso de la nada* se intensifican todavía más las referencias a la ciudad de Murcia y su huerta. Esta última aparece descrita con una particular efusión como “un cerco de luz restallante, de verdor intenso y de algarabía animal y humana”. Al acercarse el protagonista al casco urbano, en un viaje por carretera, Murcia es “como una cinta de agua y un rumor de acequias entre humareda de verdor”. Después, la ciudad adquiere otros matices, por su peculiar situación de lugar de retaguardia en una contienda civil recién comenzada: las iglesias están convertidas en garajes, pandillas de muchachos dan gritos y echan a correr, guardias de asalto borran los letreros recién pintados en las paredes...

El recorrido por la urbe, a bordo de una ambulancia, adquiere tintes de mayor dramatismo cuando Castillo Puche repite la escena del cadáver del cura arrastrado por las calles “como un muñeco de feria, con el rostro deformado, monstruoso, casi descuartizado en el arrastre furioso”. Era la consecuencia del asalto a la cárcel, llevado a cabo por una multitud enfurecida, en un estallido de violencia insólito en una población de natural indolente y tranquilo. El novelista describe con todo su dramatismo esta “verbena de sangre” en la que se escuchaba continuamente la palabra “muerte” y el chasquido de los pies en el suelo, “un ruido como de presa rota, presa humana y enloquecida”.

Todo esto supone un duro contraste con la visión pacífica de la ciudad y la vega desde la torre de la Catedral o desde La Fuensanta, donde los seminaristas veían “todo el paisaje de verde alfombra de la huerta: casitas, palmeras, humo vegetal, torrecillas, y el hilo del río resguardado por espesos cañaverales y filas de eucaliptus, algunos montecillos lejanos medio azulados, y el tren que cruzaba la húmeda y desparramada vega”.

El Seminario es descrito como un caserón parecido a un cuartel, destartado y con paredes de un grosor inquisitorial, en el que imperaba “la falta de caridad, la mezquindad y la superchería”. Por eso, el paseo del protagonista por la ciudad con su madre es como una bocanada de aire fresco, pese al clima inquietante del otoño del 36: los escaparates, los puestos de flores, el mercado...

En *El pequeño mundo de Pascualico* vuelven a aparecer las referencias murcianas, sobre todo las relativas a la huerta. Tienen lugar a propósito del viaje colectivo de un grupo de colegiales, procedentes en su mayoría de zonas de secano. Ven estos niños como las tierras áridas se transforman en otras más placenteras, “con color de corteza de pan” y surgen, casi al borde de la carretera, “altos cañaverales, filas de



cipreses y huertos de frutales”. Castillo Puche participa de la hermosura del paisaje y describe con emoción contenida “el verde encendido de los naranjos, el verde más pálido de los limoneros, la solitaria belleza de las palmeras y la blandura de un viento cálido que metía por las ventanillas libélulas, vilanos voladores y hasta mariposillas que producían en los niños un revuelo de manotazos y chillidos”. La fecundidad de la huerta murciana, capaz de dar varias cosechas al año, se completa en esta delicada estampa con el canto de los gallos en los corrales, los pavos de alas abiertas como abanicos y, por supuesto, con los huertanos en bicicleta, rumbo a la capital. En ésta resuenan sus “mil ruidos”, producidos por los pregones de los vendedores, las bocinas de los coches, el traqueteo de los carros y la presencia de los ciegos ofreciendo sus “iguales” en las esquinas, con sus ojos inmóviles “mirando al cielo aunque parecían no ver nada”. Es otra estampa breve pero muy expresiva.

En esta corta panorámica –que no pretende ser un análisis– sobre la obra de Castillo Puche en relación con Murcia (ciudad y huerta), descubrimos varias notas caracterizadoras. La primera de ellas es la vinculación al tiempo, al momento histórico, en la descripción de ambientes y costumbres. El novelista vive en Murcia a mediados de los años 30 y contempla una ciudad rápidamente convulsionada por la guerra civil. La época es absolutamente nefasta para la generalidad de la población, pero muy fértil, años más tarde, para la imaginación de un escritor, sobre todo para un novelista de espíritu barojiano, observador minucioso de su entorno y hábil relator de las más amargas realidades. Castillo Puche, con 17 años, presencié el brutal episodio del párroco del Carmen y lo cuenta no una sino dos veces con detalles de un impresionante realismo. A la vez, recoge otros episodios sangrientos –como los de *Jeremías el anarquista*– y da vueltas y más vueltas sobre la Murcia de 1936, que es muy rica en sugerencias literarias aunque dolorosamente recordada por quienes la vivieron. Hay que subrayar también la postura crítica del novelista ante el clasismo, la indolencia, la hipocresía, el revanchismo y toda una gama de abusos que impregnaban a la sociedad española de la época en que se inscriben sus novelas.

En paralelo con las páginas más amargas o reivindicativas, hay rasgos bellísimos de una Murcia que pudiéramos llamar permanente, muy fiel a sus esquemas de vida y a su idiosincrasia de ciudad levantina, más bien indolente y alegremente confiada. Los recorridos imaginarios por calles y plazas –con sus personajes de ficción tan cercanos a la realidad– constituyen un exacto reflejo de la Murcia de ayer y de siempre, en lo bueno y en lo malo.

Al lado de la ciudad, cercándola amorosamente, aparece en estas novelas –como hemos visto– la huerta, que llegaba entonces a la vecindad del convento de las Anas, que es hoy casi su centro geográfico. Castillo Puche, hombre de tierras áridas, nos deleita con sus pinceladas descriptivas, llenas de colorido en sus mil detalles: una huerta fragante, ubérrima, atrayente...

Queremos señalar, como detalle curioso, el recurso literario de Castillo Puche de describir el paisaje con motivo de la *llegada* de alguien a Murcia. Lo utiliza en *El amargo sabor de la retama*, cuando la familia del protagonista arriba a la ciudad, en busca de un ambiente en el que pasar desapercibido y el tren discurre “entre los



verdes muros de la huerta”. Lo utiliza de nuevo en *Conocerás el poso de la nada*, cuando el personaje principal cruza una parte de la vega en un viejo autobús y llega al casco urbano con sus “sombras refrescantes y piedras morenas”. Y lo repite, todavía, en *El pequeño mundo de Pascualico*, con el viaje de unos colegiales procedentes de tierras de secano, los cuales se entusiasman con el “esplendor vegetal” que circunda las carreteras próximas a la ciudad.

Aparte de las novelas, hay otros textos del escritor yeclano en los que la ciudad y la huerta murcianas tienen su protagonismo. En el libro *Mosaico de Murcia* se recoge, entre otros, un trabajo titulado “Venimos de Murcia”, que formó parte de la obra colectiva “La España de cada provincia”, publicada en 1965. Ahora, corregido y actualizado, llega más al lector. Ya en el prólogo –un bello prólogo, escrito en 1995 para esta edición de variados artículos– habla delicadamente de los atardeceres de la capital: “Murcia, para mí, es la ciudad del atardecer lento, moroso, cautivador, impávido”. Esos atardeceres inacabables, los percibió a veces en el Malecón, con el ruido del tren al fondo, desde más allá del río; también, en las zonas de Trapería y Platería, y, por supuesto, en el Puente Viejo, por donde emprendió el camino hacia sus largos viajes por el mundo.

Para Castillo Puche, “huerta y ciudad son una misma cosa”, y de esta última destaca sus “terrazas blancas, fachadas de colores, humildad de patios de gran sugestión, jardinería explosiva, luz incomparable...”

Señala en estas páginas la mezcla de lo viejo y lo actual, del conservadurismo más tradicional y la esperanza “en algo nuevo y soñador”, concluyendo que Murcia es a la vez “una ciudad rectilínea y curva, estrecha y ancha, retorcida y clara”. Destaca la explosión de olores y colores en la primavera y apunta que el agua del río, al cruzar la ciudad “viene a ser como una manera de calmar la voluptuosa fiebre que produce tanta hermosura derramada entre el cielo y la tierra”.

Es singular que Castillo Puche, que ha recorrido más de medio mundo en una intensa vida de contumaz viajero, tenga a Murcia tan presente en sus recuerdos. Pocos escritores modernos, quizá ninguno, han escrito sobre nuestra tierra con tanta pasión y, a la vez, con tanta belleza de léxico y estilo.

